

ECUADOR DEBATE 89

Quito-Ecuador, Agosto 2013

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo sobre la coyuntura: ejes y contornos de un régimen disciplinario / 7-20
Conflictividad socio-política: marzo-junio 2013 / 21-28

TEMA CENTRAL

Las movilizaciones de protesta: nueva forma de lucha social

J. Sánchez Parga / 29-40

Un mundo en efervescencia política

Albert Ogien / 41-50

Obstáculos a la democracia luego de las Nuevas Revoluciones árabes

Farhad Khosrokhavar / 51-70

Movilizaciones y protestas estudiantiles y sociales en Chile

José Lino Contreras Véliz / 71-92

España: de los impactos de la crisis a las movilizaciones de protesta

Antonio Alaminos y Clemente Penalva / 93-118

DEBATE AGRARIO-RURAL

La asociación lechera, ¿Desarrollo local o subordinación productiva?

El caso de la comunidad La Chimba, Cayambe

Diego Martínez G. / 119-134

ANÁLISIS

¿Punto y final del partido indígena? Análisis desde las elecciones ecuatorianas del 2013

Ferran Cabrero / 135-156

La indiferencia ante los derechos humanos y la educación moderna en un régimen populista. La ideología de la descolonización en Bolivia

H. C. F. Mansilla / 157-172

2 Índice

RESEÑA

El rey de la leña / 173-178

Obstáculos a la democracia luego de las Nuevas Revoluciones árabes*

Farhad Khosrokhavar**

Las recientes revoluciones árabes, particularmente las ocurridas en Egipto y Túnez han puesto en evidencia los antiguos conflictos y perspectivas políticas en torno a la modernización. Una fuerte tensión entre quienes buscan una sociedad laica y aquellos que defienden los puntos de vista religiosos del Islam ha estado presente en los últimos cien años. Si bien en el pasado el panarabismo tendió a fortalecer corrientes laicas en la política y el Estado, se produjo un intenso crecimiento de tendencias islamistas que han conseguido un amplio apoyo en la población. De allí que las corrientes islamistas fundamentalistas controlan el poder político en detrimento de quienes buscan una sociedad laica, un resultado no buscado por quienes protagonizaron las revoluciones de Egipto y Túnez.

Los obstáculos a la democracia luego de las revoluciones Árabes pueden dividirse en dos categorías distintas. La primera está vinculada a la propia coyuntura revolucionaria, en la que cada sociedad enfrenta una situación específica luego de una ola revolucionaria que afectó al mundo Árabe desde fines de 2010, en particular las características peculiares de los activistas, la fuerza o debilidad de la sociedad civil y las instituciones políticas, así como la capacidad de los actores de traducir sus aspiraciones y demandas al campo político. La segunda es estructural, como consecuencia de los antecedentes histó-

ricos de las sociedades Árabes en términos de estructuras étnica, religiosa, ‘tribal’, económica y geo-política.

1. La coyuntura revolucionaria y los nuevos obstáculos a la democratización

El “evento revolucionario” por sí mismo generó nuevas condiciones que a su vez se presentaron como grandes amenazas a la democratización, a pesar del hecho de que los nuevos movimientos estaban en gran parte inspirados, en sus orígenes, por el pluralismo político y la lucha en contra de gobiernos autocráticos.

* Traducción del original en inglés a cargo de Lorena Rodríguez.

** Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales e Investigador del Centro de Análisis e Intervención Sociológicas (CADIS).

Los dos períodos y los dos tipos de actores

Un nuevo problema surgió luego de las Revoluciones Árabes: la intensificación y la profundización de las tensiones existentes entre los grupos laicos y religiosos. Esta tensión ha sido prominente a partir de la modernización del mundo Árabe (y de manera más amplia, en el mundo Musulmán) desde el Siglo XIX. Pero la Primavera Árabe añadió un nuevo estímulo mediante la dicotomía entre dos tipos de actores sociales y políticos que emergieron, respectivamente, durante y luego de las revoluciones en Túnez y Egipto.

En ambos países, durante el primer período de la ola que llegó a su fin con el derrocamiento de los gobiernos autoritarios, los principales actores revolucionarios compartían una perspectiva secular, pertenecían a una generación bastante joven, y en su mayoría provenían de las clases medias, más que nada en Egipto.

En Túnez, los sindicalistas (miembros de la UGTT, *Union Générale des Travailleurs Tunisiens*), una juventud con título pero sin empleo (los *“diplômés chômeurs”*), y los denominados *“Netizens”* (la juventud experta en el uso de internet y de las redes sociales) fueron los princi-

pales promotores del movimiento revolucionario.¹

En Egipto, donde la Plaza Tahrir en el Cairo jugó un papel importante en el derrocamiento de Mubarak en febrero de 2011, las personas que allí se congregaban eran en su mayoría seculares o tolerantes en cuanto a sus creencias religiosas, los Musulmanes celebraban sus rezos al lado de los Cristianos (Coptos) y las mujeres sentían la libertad de poder participar en la vida diaria sin ser acosadas sexualmente (el ejército y los matones de Mubarak, los *baltajiya*, intentaron intimidarles, aunque en vano).²

En ambos países, sus acciones lograron terminar con los viejos regímenes autoritarios de una forma predominantemente no violenta.

Luego del derrocamiento de los regímenes autoritarios en ambos países, a partir de las elecciones se destacó un nuevo tipo de actor social. Al contrario de lo sucedido durante el primer período, en el que los manifestantes se consideraban a sí mismos anti-autoritarios y protagonistas a favor de la democracia, en el segundo período los nuevos actores se definieron a sí mismos principalmente como Musulmanes, y presentaron su identidad de dos maneras distintas, ya sea cercanos a la Hermandad Musulmana o a los Salafis. Ambos sor-

1 Ver “Soulevements populaires en Afrique du Nord et au Moyen-Orient (IV): La voie tunisienne.” *Middle East/North Africa Report* No. 106. International Crisis Group. April 28, 2011. www.crisisgroup.org/fr/regions/moyen-orient-afrique-du-nord/afrique-du-nord/Tunisia/106-popular-protests-in-north-africa-and-the-middle-east-iv-tunisia-way.aspx.

2 Ver International Crisis Group. “Popular Protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt Victorious?” *Middle East/North Africa Report* No. 101. International Crisis Group. 24 de febrero, 2011. www.crisisgroup.org/en/regions/middle-east-north-africa/north-africa/egypt/101-popular-protest-in-north-africa-and-the-middle-east-i-egypt-victorious.aspx.

prendieron a aquellos que habían derrocado a las viejas autocracias en Túnez y Egipto y que eran en su mayoría Musulmanes laicos, para quienes la religión no era el tema principal. La Hermandad Musulmana como actor era más conocida, en el sentido de que la organización a la que pertenecía contaba con una larga historia de desafío político contra los regímenes en Egipto, desde 1928. Pero el Salafí como activista social y político fue una sorpresa, dado que bajo Mubarak el grupo se definió a sí mismo como apolítico, y promovía la Islamización desde abajo, haciendo a un lado la actividad política y caracterizando a cualquier movimiento de protesta como una disidencia ilegítima en contra del poder (*fitnah*).

En comparación con la juventud secular moderna, que se encontraba en el corazón del incipiente movimiento revolucionario, los nuevos actores Islámicos presentaron otra imagen de la revolución. Su capacidad para ganar las elecciones y para marginalizar políticamente al primer grupo, provocó no sólo descontento pero además una crisis de identidad entre los revolucionarios de la Plaza Tahrir en el Cairo, o los del UGTT, y los revolucionarios seculares en Túnez.

Mientras los primeros activistas se destacaron durante el período revolucionario que llevó al derrocamiento del viejo régimen (28 días en Túnez, 18 días en Egipto), los actores Islamistas se destacaron luego del derrocamiento de los viejos autócratas y la apertura de

una nueva era, durante la cual se debía concebir una nueva constitución, llevar a cabo elecciones parlamentarias y presidenciales, en resumen, durante la cual se debía establecer un nuevo sistema político.

Los actores del primer período argumentaban que la revolución había sido “robada” por los Islamistas, quienes habían “traicionado” a los ideales del levantamiento popular.³ Esto profundizó la división entre el estrato religioso y el popular de una forma más dramática que la situación previa a las revoluciones.

Los dos tipos de actores están motivados por la misma aspiración en algunos aspectos (justicia social, el fin de la corrupción y el nepotismo, y la lucha en contra del viejo régimen), pero sus principales diferencias se hallan en su concepción de la religión y su relación con la libertad individual y la política. Mientras los primeros demandan una sociedad tolerante y abierta en términos religiosos, los segundos pretenden alcanzar la Islamización de la sociedad a través del nuevo sistema político. Los Islamistas que tomaron las riendas del poder luego de las elecciones en Túnez y Egipto, están al mismo tiempo divididos en dos grandes grupos: aquellos a quienes les gustaría promover la Islamización a través del proceso democrático, y aquellos a quienes les gustaría crear una sociedad Islámica mediante la imposición, una vez que se apoderen del sistema político. Esto ha generado una brecha cada vez más profunda entre los Salafis, con unos que se niegan a jugar el

3 Ver Mark Le Vine, Tahrir's late night conversations, Aljazeera en inglés, 05, diciembre, 2011.

juego democrático, considerándoles como “idólatras”, mientras otros aceptan respetar las reglas electorales, y empujar gradualmente hacia un gobierno Islámico. Las situaciones son diferentes en los dos países en varios aspectos. Egipto es una sociedad cuya identidad Islámica ha sido reforzada luego de la muerte de Nasser en 1970, a través de un proceso de Islamización desde abajo, por la Hermandad Musulmana y luego por los Salafistas quienes están profundamente influenciados por el modelo de Islam Wahabita de Arabia Saudita. Túnez fue empujado hacia el tipo de secularismo francés (laïcité) por el primer Presidente Habib Bourguiba (1957-1987), y las clases medias seculares cuyos reclamos por una modernidad no religiosa fueron apoyados por el segundo Presidente Ben Ali (1987-2010) se convirtieron en la parte visible de la sociedad Tunecina luego de la “Revolución del Jazmín” que derrocó al último presidente.

Una vez que esos regímenes cayeron, la política cambió radicalmente, tanto en la realidad diaria de los dos países como en la subjetividad de los actores revolucionarios.

La naturaleza de las nuevas fuerzas revolucionarias

Las revoluciones en Túnez y Egipto fueron impulsadas por quienes no tenían la intención de tomar el poder una vez que colapsaran los viejos regímenes. La juventud que derrocó los viejos regímenes mantenía una perspectiva “no Leninista”. Contrario al modelo clásico de revolución encarnada en las revoluciones Francesa, Rusa, China e Irán, en las que la élite que derroca el vie-

jo régimen está deseoso por asumir las riendas del gobierno, luego de luchas violentas con los otros revolucionarios las dos principales revoluciones Árabes fueron dirigidas por personas que rehuieron del poder. No sólo no estaban preparados para tomar el poder, sino que estaban firmemente resueltos a no buscarlo, en parte debido a su postura moral, en parte debido a su visión del gobierno como algo turbio por naturaleza, y que por lo tanto uno no debería ensuciar sus manos con éste.

Las otras razones que impidieron al primer período de revolucionarios acceder al poder fue una mentalidad que puede ser calificada como de “alma bella” (la “*Schöne Seele*” Hegeliana), que no es capaz de afrontar la realidad política y social luego del colapso del viejo régimen. Las nuevas generaciones, en su mayoría jóvenes, educados, de clase media, que participaron en la Plaza Tahrir en el Cairo, querían desechar el gobierno autocrático, y poner fin a la corrupción y la injusticia social vinculada a éste. Una vez que el gobierno fue derrocado, los principales activistas entre estos jóvenes pensaron que su tarea había sido cumplida. En Túnez, el sindicato principal, la UGTT, estaba profundamente involucrado con la revolución a través de simpatizantes del segmento medio (los estratos altos estaban dominados por el régimen de Ben Ali). Pero los sindicalistas desconfiaban profundamente de su compromiso político y limitaron su campo de actividad a la defensa de los intereses de los trabajadores. Al hacerlo, el único grupo organizado que podría haber construido una alternativa a la Hermandad Musulmana se excluyó a sí mismo de la arena polí-

tica. La otra organización con ramificaciones políticas dentro del país era la RCD (*Rassemblement Constitutionnel Démocratique*), fundada en 1988 por Ben Ali y disuelta en marzo de 2011 por decisión de la corte. El campo político estaba así abierto al partido de la Hermandad Musulmana Ennahda, el único grupo político que disponía de una organización fuerte, incluso luego de décadas de represión por parte del régimen de Ben Ali.

Otra debilidad de los revolucionarios fue su dispersión en varios partidos políticos que nacieron ya para morir. Luego de la revolución, surgieron más de 150 partidos políticos en Túnez. Entre ellos, 115 partidos políticos fueron legalizados en vísperas de las elecciones, 97 presentaron diferentes listas de candidatos, y sólo 19 partidos obtuvieron algún asiento en el parlamento. La mayoría de los revolucionarios no estaban acostumbrados a la acción política.⁴ Además, no estaban animados por un espíritu de comunicación y compromiso político entre ellos. Su falta de experiencia política ayudó a la vieja organización de Ennahda a convertirse en el principal partido político en el país luego de la revolución.

Las clases medias seculares y su fragilidad

Otro factor que debilitó a los revolucionarios fue la historia de las clases medias laicas en el mundo Árabe.

Las clases medias habían estado supevitadas a los regímenes autoritarios anteriores en sus principales tendencias. Muchos intelectuales y grupos de oposición nacieron allí mismo pero los regímenes en Túnez y Egipto les vinculaban con Occidente debido a su perspectiva “moderna” y “secular”. En Túnez, bajo Bourguiba, habían promovido un código penal relativamente moderno en el cual muy pocos aspectos de la Sharia tradicional eran preservados (el patrimonio de las mujeres continuaba siendo la mitad del de los hombres, y el matrimonio de las mujeres con extranjeros no-Musulmanes estaba restringido). El sistema legal, muy inspirado por un espíritu francés, prohibía la poligamia y promovía que las mujeres fueran legalmente iguales a los hombres en varios aspectos. En general, ante los ojos Islamistas, las personas de clase media estaban ya sea del lado de los regímenes autoritarios o permanecían neutrales ante éstos y en contra de su deseo de Islamizar la sociedad. En realidad, muchos tunecinos y egipcios laicos se oponían a los regímenes pero compartían con los gobiernos autoritarios en Túnez y Egipto, su profunda desconfianza hacia los Islamistas, particularmente la Hermandad Musulmana. Los regímenes protegían a las clases medias y particularmente a sus mujeres, a costa de robar su representación no sólo en los partidos políticos pero también en varias asociaciones voluntarias.

A esta situación en Túnez se añadía

4 Ver Mohamed Akrimi, “La Baraka d’Ennahdha rayonne sur ses voisins”, *Alhiwar.net*, 15 novembre 2011; Mohamed-Ali Razgallah, “Partis politiques tunisiens. L’embarras du choix”, *Fhimt.com*, août 2011; Tunisie – 111 partis autorisés et 162 autres refusés !”, *Business News*, 20 septembre 2011.

la ignorancia absoluta sobre los salafistas por parte de varios tunecinos seculares. En Egipto, el régimen de Mubarak toleraba e incluso alentaba a los salafistas porque eran apolíticos y mantenían que incluso un gobernante represivo no debería ser impugnado, y así evitar correr el riesgo de *Fitna*, la discrepancia y el caos en la comunidad musulmana.

Entre los seculares, tanto en Túnez como en Egipto, había una fuerte desconfianza hacia los grupos islámicos y sospechaban de la ambivalencia de la Hermandad Musulmana, incluso de la existencia de un proyecto oculto de islamización de la sociedad en sus leyes y sistema político.

De alguna manera, las clases medias estaban atrapadas entre los islamistas y el gobierno: los regímenes políticos autocráticos los protegían al costo de su heteronomía política. Gran parte de la clase media rechazaba esta alternativa y se sublevaron en contra de los regímenes. Pero la mayoría de sus miembros se conformaron con la estructura de poder imperante a causa de una falta de alternativa. Otro daño generado por los regímenes autoritarios a las clases medias seculares era el monopolio que ejercían sobre los partidos políticos que contaban con gran cantidad de miembros seculares. Los islamistas escaparon de este monopolio en Egipto (la Hermandad Musulmana preservó su autonomía política y su estructura incluso siendo duramente reprimidos por los regímenes sucesivos en Egipto bajo Nasser, Sadat –cuya prohibición era menos severa–, y Mubarak). Por su parte, los islamistas eran prohibidos o restringidos a una posición minori-

taria: en las elecciones egipcias de 2005 se concedió a los miembros de la Hermandad Musulmana 88 escaños de un total de 454 como independientes, mucho menos de su peso electoral real; en 2010, incluso esa apertura llegó a su fin ya que mediante fraude, los miembros de ese partido fueron completamente barridos del Parlamento. La Hermandad Musulmana mantuvo su identidad islámica y su estructura política también en Túnez. Frente a su prohibición y el arresto de sus líderes, muchos de los miembros de la Hermandad Musulmana tunecina – su nombre cambió de Asociación Islámica en 1976, a Movimiento de Tendencia Islámica (MTI) en 1981, a Ennahda en 1988 – huyeron a Inglaterra y Francia en 1991, donde continuaron oponiéndose al régimen tunecino.

Los partidos políticos seculares que se oponían a los regímenes egipcio y tunecino, no actuaron continuamente fuera del país, aunque muchos eran reprimidos o prohibidos por los dos regímenes.

Asuntos relativos a la mujer

En términos de género, las mujeres seculares vivían la misma situación bajo las autocracias tunecina y egipcia. En ambos países, las famosas esposas de los Presidentes (Suzan Mubarak en Egipto, Leïla Trabelsi en Túnez) eran líderes de las organizaciones oficiales de mujeres (Leïla Trabelsi era líder de la Organización de las Mujeres Árabes, y el Consejo Nacional para las Mujeres en Egipto era dirigido por Farkhonda Hassan, amiga de Suzan Mubarak y colocada

como una “*straw woman*”⁵). El gobierno egipcio prohibió la Asociación de Mujeres egipcias, autónoma en su relación con la familia Mubarak. En las elecciones de 2010, una nueva ley garantizó 64 escaños para candidatas mujeres, un aumento importante para mujeres parlamentarias.⁶ Las mujeres particularmente de clase media y seculares, padecieron la dominación de las “Primeras Damas” sobre las organizaciones de mujeres⁷, pero a cambio de ello los Islamistas no lograron imponer un sistema patriarcal inspirado por la Sharia como sucedió en Argelia a través del “Código de la familia” en 1984.⁸ Las mujeres contaron con ciertos privilegios sociales y en varias ocasiones fueron defendidas ante las incursiones en la ley por parte de los Islamistas, particularmente en Túnez, y para ello pagaron el precio de su marginalización social y política. Les fue negada la organización autónoma y bajo el paraguas de los regímenes autoritarios se convirtieron en ciudadanas de segunda, en parte semejante a los hombres seculares. Sin embargo, mantuvieron su perspectiva secular de la vida bajo el gobierno autocrático de los déspotas.

La paradoja del lugar de las mujeres en la Primavera Árabe es que muchas de ellas alcanzaron la fama a nivel individual y mostraron una gran capacidad de liderazgo durante el movimiento de protesta, en el cual jugaron un papel significativo. En Egipto, la joven Asmaa Mahfouz (nacida en 1985) se convirtió en una dirigente del movimiento de protesta en el Cairo; en Yemen Tawakkul Karman (nacida en 1979) se convirtió en una de las principales figuras de oposición al Presidente Saleh, y ganó el Premio Nobel de la Paz en 2011. En Túnez, mujeres jóvenes periodistas se involucraron en el movimiento de protesta y su papel fue de vital importancia en el derrocamiento del régimen de Ben Ali. Las mujeres, a nivel individual, estuvieron presentes masivamente no sólo como soldados de infantería (algo que habían logrado durante la guerra de independencia de Argelia a inicios de los sesentas), pero también como figuras prominentes.⁹ Sin embargo, fueron débiles a nivel organizacional y no participaron en la toma de decisión sobre temas políticos debido a su falta de relaciones orgánicas con los partidos políticos que

-
- 5 El término en inglés hace referencia a una falacia, la falsa representación de la posición de un supuesto rival.
 - 6 Ver Evan Hill, Women make leap in Egypt parliament, Aljazeera English, 29 November 2010 www.aljazeera.com/news/middleeast/2010/11/2010111813029420433.html
 - 7 Las feministas percibieron el papel perverso de las Primeras Damas hacia el movimiento feminista: “Suzanne Mubarak killed the feminist movement so she could be the leader,” said the feminist Nawal el Saadawi. Ver Iman Azzi, *Suzanne Mubarak Held Women Back*, 17 de febrero, 2011 <http://womensenews.org/story/the-world/110216/cairo-leaders-suzanne-mubarak-held-women-back5>
 - 8 Teresa Camacho de Abes, Mujeres argelinas entre la Emancipación Francesa y la Dominación Religiosa sobre el Matrimonio y el Divorcio, en una Ordenanza de 1959 No. 59-274 a 1984 *Code de la Famille*, *Journal of International Women's Studies* Vol. 12 # 3.
 - 9 Las mujeres árabes organizaron manifestaciones y piquetes, movilizaron a otros ciudadanos y expresaron sus demandas por un cambio democrático, Aljazeera Inglés, 25 de abril, 2011.

podrían defender su causa. Fuertes a nivel individual, débiles a nivel colectivo, la nueva generación de mujeres puede decirse que fue frágil en la Primavera Árabe, aunque altamente visible en las manifestaciones callejeras.

Las divisiones entre las mujeres laicas y las Islamistas en Túnez no ayudó a encontrar un terreno común entre ellas, con las primeras sospechando que las segundas eran “retrógradas” y las segundas creyendo que las primeras eran mujeres sin alma, egoístas, occidentalizadas, y pudientes, a quienes no les preocupaba la mayoría de las mujeres Musulmanas en el nombre de su actitud “Francesa” (es decir, “colonial”) hacia los temas de género. El miedo y la ansiedad frente a la idea de retroceder en su estatus social a través del gobierno Islámico ha sido una de las principales preocupaciones de las mujeres seculares, y no imaginaron que su destino iba a empeorar luego de la revolución.¹⁰ Más allá de esta división, la fragilidad de las mujeres como actoras sociales en el mundo Árabe está vinculada a los profundos prejuicios, su propia invisibilidad y ausencia, en parte impuesta sobre ellas, de la esfera pública. Los dirigentes políticos no las consideran como activos prioritarios a defender.¹¹ En las elecciones parlamentarias luego de la Revolución Egipcia, las mujeres consi-

guieron el 2% de los puestos, una reducción del 12% desde las últimas elecciones que se mantuvieron bajo el gobierno de Mubarak.¹² A nivel institucional, las revoluciones egipcia y tunecina parecen haber empujado a las mujeres hacia un estatus político y social regresivo, mientras que ellas aumentaron su autoconciencia como ciudadanas.

Túnez, los dos mundos en conflicto

En Túnez, luego de las elecciones, la aparición de la Hermandad Musulmana como el principal actor político, y la emergencia de los Salafis como Musulmanes fundamentalistas extremos tomaron por sorpresa a las clases medias seculares. Resultó en una profunda crisis de identidad entre ellos. Mantenían no haber tenido conocimiento de la existencia de dos grupos en la sociedad tunecina, el suyo y el de los Salafis, quienes al parecer no habían pasado por el proceso de secularización inspirada por los franceses, la llamada *Laïcité*, tan apreciada por las clases medias seculares. La crisis entre los seculares, intelectuales y otros, era de tal profundidad que llegaron a cuestionarse pertenecer a la misma sociedad o país.

Durante los dos largos reinados de Bourguiba y Ben Ali, se dio por sentada la identidad laica: las mujeres laicas dis-

10 Rana S. Sweis, “Arab Spring Fails to Allay Women’s Anxieties”, NYT, 7 de marzo, 2012.

11 Why Arab women still ‘have no voice’, Amal al-Malki, una autora de Qatar afirma que la Primavera Árabe le ha fallado a las mujeres en su lucha por la igualdad. Talk to Al Jazeera 21 de abril, 2012 http://www.dailymotion.com/video/xr4898_talk-to-al-jazeera-why-arab-women-still-have-no-voice_news#.USOMmOj6Uc

12 Leila Fadel e Ingy Hassieb, Las mujeres egipcias se sienten excluidas, a pesar de las promesas de la revolución. *Washington Post*, 22 de mayo, 2012.

frutaban de las condiciones de género más igualitarias en el mundo Árabe, y la religión fue empujada a la esfera privada, de manera similar al modelo Francés. Luego de las elecciones, la intervención perturbadora de los Salafis, su despliegue de la bandera negra con la inscripción Islámica en la universidad y su actitud intimidante hacia los hombres y mujeres laicos generó malestar entre las clases seculares. Durante el período de Ben Ali, consideraron que un mundo secular estaba garantizado por el régimen y que en parte, era afín a toda la sociedad tunecina. Luego de la revolución, la identidad Islámica un tanto ostentosa se convirtió en tema de debate entre los seculares. La vida durante el período de Ben Ali había causado un efecto de anestesia a los seculares de clase media que hasta llegaban a creer que vivían en Francia pero sin un sistema democrático. Túnez era el país más secularizado de África del Norte, mucho más secular que Argelia (aunque este último había sido una colonia francesa por 130 años, al contrario del otro que era un protectorado desde hacía 75 años) y Marruecos. El estilo de vida secular francés tenía tal influencia sobre las clases medias, que no podían imaginar a los grandes grupos salafistas en Túnez afirmando públicamente su perspectiva fundamentalista sobre la ortodoxia Islámica, reclamando a las mujeres que vistieran de forma “modesta”, demandando un gobierno Islámico que aplicara la Sharia, ocupando universi-

dades para procurar que las jóvenes estudiantes ingresaran usando velo, y destruyendo las bebidas alcohólicas en los bares y restaurantes (eso sucedió en la ciudad de Sidi Bouzid en septiembre de 2012 donde la inmolación de Bouazizi en el fuego había disparado la revolución tunecina en 2010). Esta otra imagen de Túnez parecía una pesadilla, y cuando ocurrió, su angustia y disgusto de la revolución tunecina llevó a muchos de ellos a sentir nostalgia por el gobierno secular que había sido derrocado.

El asesinato de Chokri Belaïd el 6 de febrero de 2013 debido a la instigación por parte de los predicadores Salafis radicales, fue la señal que llevó a los disturbios sociales. Decenas de miles de personas salieron a las calles en protesta contra su asesino, acusando al Ennahda por haber fallado en protegerlo. Con la Constitución aún en el limbo, la economía en una fase crítica (17% de desempleo comparado con 13% al final del viejo régimen) y la política estancada, la fractura entre Islamistas y Secularistas se ha agudizado de manera peligrosa.¹³ Pero la violencia no ha alcanzado los niveles egipcios y el diálogo entre los partidos políticos puede evitar la radicalización y el retorno del autoritarismo. La política callejera parece reemplazar a la política, con el ejército nacional cada vez más visible y la crisis dentro de los partidos políticos empujando hacia la radicalización en la calle.¹⁴ La división entre los Islamistas y

13 Aida Alami, “Tunisia Sinks Back Into Turmoil”, *New York Times*, 13 de febrero, 2013.

14 Larbi Sadiki, Túnez: The return of street politics, *Aljazeera English*, 15 Febrero 2013.

secularistas nunca ha sido tan profunda, lo cual dificulta mucho el diálogo debido a la sospecha mutua y la ira.¹⁵

Egipto, la incompatibilidad entre la juventud radicalizada y el gobierno Islamista

En Egipto, quienes hicieron la revolución no fueron quienes tomaron el poder a través de las elecciones, es decir, la Hermandad Musulmana y los Salafistas. La llegada de Morsi como Presidente coincidió con la crisis económica de una economía altamente dependiente del turismo. Aunque tanto Morsi como el parlamento habían sido “democráticamente” electos, su actitud al proponer la nueva Constitución y pasarla por los legítimos organismos, parecía fuera de tono con las demandas de la oposición y las aspiraciones de la juventud revolucionaria. Estos últimos habían imaginado a la revolución como una ruptura radical con el pasado. Entre ellos, organizaciones similares a milicias como los Ultras (aficionados del fútbol) y los Black Block (juventud que viste de negro con máscaras que esconden su rostro) no se abstienen de ejercer violencia y creen que el período de “*salmiyeh* (tranquilidad) que caracterizó a la revolución en sus inicios, ya ha terminado, y que en contra del “Fascismo” (el nuevo gobierno) la violencia es legítima. La oposición política, aunque ha roto con el gobierno, se halla sin poder alguno contra estos grupos violentos que se ex-

panden por las grandes ciudades (Cairo, Alejandría) pero también en aquellas como Port Said, donde una industria turística estancada promueve la violencia en parte de una sociedad que considera a la Hermandad Musulmana como la raíz de los males sociales y políticos.

En el segundo aniversario de la revolución egipcia se produjeron protestas callejeras contra el gobierno y la nueva Constitución, al contrario de lo sucedido en el aniversario de la revolución tunecina, celebrado de manera discreta con manifestaciones callejeras pacíficas. En Egipto, se dieron fallos polémicos en el fútbol en Port Said que coincidió con el aniversario de la revolución que encendieron a la ciudad. El Presidente impuso el toque de queda en tres ciudades, ignorado por los manifestantes que se volvieron violentos.

La ruptura no es sólo entre la juventud radical y el gobierno, sino también entre los seculares descontentos y la Hermandad Musulmana, que se encuentran en desacuerdo sobre el futuro de Egipto y su vida social, cultural y política. Las personas de clase media que habían jugado un papel central en los inicios de la revolución, son cada vez menos proclives a aceptar su marginalización en nombre de la Hermandad Musulmana que se ha apoderado del Estado. Para ellos, el gobierno de Morsi no sólo es ilegal pero más que nada ilegítimo, debido a su dominio de la vida política y a su desprecio por los ideales revolucionarios. Una vez rota la pared del

15 Hashem Ahelbarra, Tunisia's Islamist-secularist rift, 11 de febrero, 2013. <http://blogs.aljazeera.com/blog/africa/tunisia-islamist-secularist-rift12>

miedo luego de la Revolución, esta parte de la sociedad busca la confrontación con el Poder, mientras la policía y las fuerzas de seguridad, que aún recuerdan haber sido acusados de reprimir a los manifestantes bajo el gobierno de Mubarak, no están para nada dispuestos a contener las violentas protestas callejeras.

La violencia se convierte en cada vez menos política y cada vez más auto-sostenible¹⁶, como una forma de identidad de aquellos que mantienen que su papel es el de perpetuar los levantamientos revolucionarios en venganza contra un gobierno que ha traicionado a los ideales revolucionarios. Esta violencia que se perpetúa a sí misma se cristaliza en un lugar bastante simbólico: la Plaza Tahrir en el Cairo. Este lugar, donde nació la revolución, es considerado por muchos de manera simbólica, como intocable. Aquellos que de vez en cuando la ocupan, creen revivir y mantener viva la ética revolucionaria, al celebrar la resistencia al Presidente Morsi, a quien consideran un contra-revolucionario debido a la manera despectiva en que hizo que la asamblea constituyente adoptara la Constitución, a pesar del rechazo de la oposición legal en Egipto. Este tipo de violencia que se perpetúa a sí misma, va olvidando su causa original e impide la institucionalización de la democracia.

La falta de capacidad de los revolucionarios de la “juventud Tahrir” para involucrarse en política luego del derrocamiento del régimen de Mubarak, para

construir fuerza política y para comprometerse con las otras fuerzas seculares y construir una coalición política en contra de la Hermandad Musulmana, o de manera más general, la dispersión en numerosos partidos políticos por parte de los actores que no forman parte de la Hermandad, resultó en olas de violencia en las calles entre aquellos grupos que están cada vez más convencidos de que en Egipto la política no es la respuesta al problema de la dominación de la Hermandad Musulmana, y que la violencia es el medio principal para alcanzar sus objetivos revolucionarios.

La división cada vez mayor entre los primeros actores revolucionarios (clases medias seculares que demandaban una “democracia total”) y los segundos actores (con mentalidad religiosa y la exigencia del Islam como piedra angular de la política, menos preocupados por la democracia que por la identidad Islámica como el principio de la vida política y social), y la falta de habilidad de la oposición para unificar y así limitar la influencia de la Hermandad Musulmana, profundiza la crisis en una sociedad en que la principal preocupación es afrontar la crisis económica. Muchos jóvenes, desilusionados con los resultados de la revolución en términos económicos y políticos, buscan refugio en la violencia anárquica, lo que resulta en disturbios entrelazados con la regresión de la economía, y termina con la espiral de la inestabilidad política.¹⁷

16 Sherine Tadros, Egypt: More violent, less political, 29 de enero, 2013. <http://blogs.aljazeera.com/blog/middle-east/egypt-more-violent-less-political>

17 Egypt Conflict Alert, Brussels/Cairo, 4 de febrero, 2013, International Crisis Group. <http://www.crisisgroup.org/en/publication-type/alerts/2013/egypt-conflict-alert.aspx>

En comparación con la violencia en Egipto, en Túnez la institucionalización de la democracia parece ser menos tortuosa.¹⁸ El segundo aniversario de la revolución fue celebrado sin violencia, mientras que en Egipto la semana de celebración fue testigo de más de sesenta muertes.

2. Los profundos obstáculos estructurales a la democracia: el papel del gobierno y la milicia étnica y religiosa

Entre los profundos obstáculos estructurales, puede mencionarse la relevancia de las estructuras tribales en muchos países Árabes (en particular Libia y Yemen), la división religiosa (en Siria entre los Alauís y los Sunitas, en Yemen entre los Hutis, una minoría Shiíta, y los Sunitas, Shiítas versus Sunitas en Bahrein, o entre Islamistas y Cristianos –los Coptos– en Egipto), y las divisiones geográficas (en Yemen entre Norte y Sur, en Libia entre Este, Oeste y Sur). Los factores geopolíticos también juegan su papel: Arabia Saudita no tolera que la mayoría Shiíta se convierta en el principal actor político en Bahrein, la cuestión Palestina todavía está ensombrecida por la hegemonía militar y económica de Israel respaldada por los Estados Unidos, las relaciones Sirio-Libanesas están influenciadas por Irán (partidario de Jz-bola en el Líbano) y los otros actores regionales e internacionales.

La Primavera Árabe comenzó con movimientos que tuvieron la intención de superar las divisiones étnicas y religiosas dentro de cada sociedad. En Bahrein, el principal '*leitmotiv*' era "Ni Shiíta, ni Sunita, sólo Bahreiníes". En Siria, el mismo tipo de eslogan fue usado para hacer hincapié en la identidad siria por encima de las líneas sectario-religiosas Alauitas/Sunitas/Kurdos (su eslogan era: "Alá, Siria, Libertad y nada más" (*Allah, Suriya, Hurriya va bass*)).¹⁹ En Egipto, los Coptos y Musulmanes oraban en la Plaza Tahrir para mostrar su solidaridad más allá de las diferencias religiosas. En Yemen, la juventud de la Plaza Tahrir en Manama, cerca de la universidad, defendían la idea de una nación Yemení en lugar de una identidad tribal. Los movimientos de la Primavera Árabe eran movimientos de la "sociedad civil." Los conflictos étnico-religiosos fueron disparados nuevamente en varios países mediante un complot del Estado con el fin de debilitar a estos movimientos.²⁰ En Yemen, Libia, Bahrein y Siria, los gobiernos pusieron en primera línea a las tensiones étnicas para poder luchar contra la ola revolucionaria. Al ser ellos mismos resultado del control y equilibrio étnico, a su vez manipularon las relaciones étnicas que ellos habían reconfigurado durante las últimas décadas, con el fin de dividir a los movimientos civiles que tenían la intención de superar la etnicidad en nom-

18 Mike Hanna, A tale of two anniversaries, Aljazeera Inglés, 28 de enero, 2013. <http://blogs.aljazeera.com/blog/middle-east/tale-two-anniversaries11>

19 Samar Yazek, *Feux Croisés: journal de la révolution syrienne*, Paris, Buchet-Chastel, 2012.

20 Para el caso de Egipto en relación al movimiento en la esfera civil, ver Jeffrey Alexander, *Performative Revolution in Egypt*, Bloomsbury Academic, Londres, 2011.

bre de una ciudadanía democrática. Su éxito se debió a la debilidad de los movimientos de la sociedad civil que pretendían cuestionar la supremacía de la etnicidad en el campo político.

En Siria, el gobierno logró que el movimiento ciudadano se reconfigurara y surgieran conflictos religiosos entre Sunitas, Kurdos y Alauitas, con la jerarquía del ejército y las organizaciones paramilitares dominadas por los Alauitas, con el apoyo financiero y político de Rusia e Irán al régimen de Assad, mientras Turquía, Arabia Saudita, Qatar y los países occidentales dotaban de los medios financieros a las fuerzas de oposición. Luego de casi dos años de lucha, 70 mil sirios fueron asesinados por el “Gobierno de la Barbarie” con una oposición que se había tornado violenta en un contexto en el que la acción no violenta se enfrentaba al asesinato en masa.²¹

Debido al debilitamiento de los movimientos de sociedad civil y el gobierno, los grupos yihadistas que estaban a la defensiva durante el período de floración de la Primavera Árabe, fueron revitalizados, y en el vacío entre Estados debilitados y movimientos sociales desarraigados, encontraron nuevas oportunidades para organizarse, ya sea en Siria (en los distritos en Aleppo) o en Yemen (los movimientos tipo Al Qaeda se esparcieron en áreas con una limitada presencia gubernamental).

En Libia, con la asistencia de las Fuerzas Aéreas de la OTAN, los libios expulsaron al dictador Gadafi en febrero de 2011, pero la escasez de población (alrededor de seis millones) en un país enorme, la falta de un “Estado profundo” (la “nación” Libia era el resultado de la ocupación de Italia hasta 1947), y la tensión entre las regiones, dificultó el establecimiento de un poder centralizado, y el país está cerca de convertirse en un “estado fallido”, con grupos tribales, grupos guerreros e Islamistas que recurrieron a las armas durante el levantamiento que llevó a esporádicos brotes de violencia en el país. Los grupos rivales anarquistas, grupos “revolucionarios” (*thuwwar*), ven a sus opositores como quintas columnas contra-revolucionarias, peleándose entre ellos y desafiando así cualquier estructura centralizada del ejército.²² La gran variedad de milicias autónomas con ideologías abigarradas y origen geográfico dificulta enormemente su integración a un ejército y policía nacionales, dentro de un Estado central.²³

En Yemen, la división entre el Norte y el Sur, la presencia de Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP), las milicias tribales que pelean contra estos últimos (denominados *Ansar al Sharia*), los cabecillas de guerra que ocupan importantes posiciones en el ejército y entre las tribus, y la rebelión de los Hutis en

21 Michel Seurat caracterizó al Estado de Siria como el “Estado de la Barbarie” (Etat de Barbarie). Ver: Michel Seurat, *Syrie, L'Etat de Barbarie*, Puf, 2012, basado en artículos publicados primero en la década de los ochentas (fue asesinado en 1986 en el Líbano, como rehén).

22 Ver Nicolas Pelham, “Libya’s Restive Revolutionaries”, *Merip*, 1 de junio, 2012.

23 Ver Dario Cristiani, *The Zintan Militia and the Fragmented Libyan State*, Jamestown Foundation, 19 de enero, 2012.

contra del gobierno Sunita en el Norte, configuran una violencia estructural en un país gobernado por un estado débil. Los grupos locales cada vez más son quienes realmente gobiernan varias regiones en el país.²⁴ La estructura tribal de Yemen se combina con el gobierno de las milicias locales fuera de la capital, realizando compromisos con los grupos Islamistas radicales, para desembocar en una violencia esporádica que se convierte en endémica.

En Bahréin, la geopolítica juega un papel importantísimo en retener al movimiento de la sociedad civil que comenzó en la Primavera Árabe reclamando la construcción de una identidad Bahreiní más allá de la división Shiíta/Sunita. En marzo de 2011 Arabia Saudita movilizó sus tropas bajo el título de “Consejo de Cooperación del Golfo” e invadió Bahréin, contribuyendo a la represión de los disturbios civiles. Desde entonces, el movimiento se ha acercado al esquema que el gobierno de Bahréin propagó, es decir, a la línea étnico-religiosa, enfrentando a Shiítas con Sunitas en un país donde los primeros son una mayoría dominada por el reino Sunita. La violencia esporádica y la represión severa por parte de las fuerzas de seguridad, continúan, con Bahréin siendo un ejemplo de la influencia de la habilidad de la geopolítica regional para distorsionar los movimientos de la esfera civil y empujarlos hacia líneas sectarias.²⁵

¿Islam como un nuevo elemento de discordia?

Egipto, luego de Nasser, comenzó su mutación con un cuestionamiento al secularismo promovido por el panarabismo de Nasser. El fracaso de este último en la Guerra de los Seis Días contra Israel y el período de posguerra, puso en duda al panarabismo secular como tal. Los gobiernos de Sadat y Mubarak estuvieron marcados por una Islamización gradual desde abajo, primero a través de las caridades y organizaciones de la Hermandad Musulmana en los distritos de clase media, y luego a través de los Salafís quienes evitaron la política pero promovieron las costumbres islámicas en las áreas rurales y en los sectores más pobres de las ciudades. La paradoja es que la Islamización desde debajo de la sociedad egipcia en gran parte ya se había logrado cuando la Revolución irrumpió en enero de 2011. Aquellos que participaron en ella eran seculares, pero en términos de costumbres eran una minoría en la sociedad. En el Cairo, la gran mayoría de las mujeres usan el *hijab* (velo islámico) y el Islam está mucho más presente y generalizado en la vida pública que en la época de Nasser. La secularización puede ocurrir a través del rechazo del Islam y en ruptura con éste, o por medio del Islam y adoptándolo como una fuerza que conduzca al cambio. En Egipto, la Islamización des-

24 Ver “Tribal Militias in Yemen: Al Bayda and Shabwah”, 02/07/2013, *Critical Threats*. <http://www.criticalthreats.org>

25 Justin Gengler “Bahrain’s Sunni Awakening”, 17 de enero, 2012, Merip.

de abajo significó la liberación inmediata de la capacidad de asumir una actitud secularizada con la política y, entre los Salafis, demandar la Sharia como la nueva constitución para el país. Al respecto, la Islamización tomó dos rumbos opuestos. Entre los Hermanos Musulmanes, la aceptación del voto popular y la actitud ambigua hacia los temas de género fueron de la mano del respeto al proceso electoral. Entre los Salafis, la constitución de los partidos políticos (*Al-Nour*, y luego, *Al-Sha'ab*) está vinculada a su disidencia en términos de generación y proyecto social (*Al-Nour* es conservador en lo que refiere a la economía, mientras *Al-Sha'ab* tiende a tomar en consideración a las necesidades de los marginalizados, la clase trabajadora de bajos recursos y los ciudadanos rurales). Los partidos políticos Salafistas además, marcan una separación entre sus líderes religiosos y políticos. Mientras los primeros tienden a ser ultra-ortodoxos en sus creencias religiosas, los últimos tienden a hacer compromisos políticos y la disociación entre el liderazgo político y el religioso debe ser beneficioso para la secularización.²⁶ Aún así, los Salafis muestran intolerancia hacia los Coptos (Cristianos egipcios que constituyen el 10% de la población) y los seculares, y se proponen imponer la Sharia dentro de la constitución y en la vida cotidiana.

Las relaciones entre los Salafis y la Hermandad Musulmana son bastante complejas (aunque en el voto por la

Constitución egipcia, iban codo a codo), pero son los seculares quienes están en contra de ellos en relación a temas culturales y religiosos (en temas políticos, se han generado alianzas ad hoc con los partidos seculares contra la Hermandad Musulmana para debilitar su control sobre el campo político). La sospecha entre ambos grupos (seculares versus religiosos) trasciende la lealtad política y es perjudicial para la democratización, en tanto sus expectativas en conflicto se convierten en profecías auto-realizadas. Los seculares rechazan rotundamente a los grupos religiosos (la Hermandad Musulmana y los Salafis), acusándoles de intentar establecer un sistema político teocrático. En Túnez, las clases medias seculares creen que Ennahda está promoviendo un sistema político Islamista donde los derechos de las mujeres serán definidos de acuerdo con la Sharia y los seculares se verán en peligro a través de la jurisprudencia Islámica. Esta lectura les lleva a actuar de manera antagónica hacia la Hermandad Musulmana, lo cual a su vez debilita la habilidad del gobierno para resolver los severos problemas sociales y económicos. Ennahda a su vez, se encuentra dividida entre aquellos que demandan más Islamización y las demandas absolutamente seculares de las clases medias occidentalizadas.

En términos generales, la Islamización de numerosos grupos dentro de los dos países ha provocado una actitud de sospecha mutua entre las dos principa-

26 Ver Mai Shams El-Din, "New Salafi party has curious policy mix" 23/10/2012 <http://www.egyptindependent.com/node/1196166>

les tendencias, la secular versus los grupos Islámicos. Ello perjudica los esfuerzos de reconciliación a nivel político, en tanto los Islamistas creen que los seculares quieren restablecer el viejo orden político mediante la vieja guardia del Antiguo Régimen (llamado el *folul* en Egipto, y los RCD-istas en Túnez, miembros del partido de simpatizantes de Ben Ali durante su gobierno, *Rassemblement Constitutionnel Democratique*, RCD). La propia noción de *folul* es merecedora de atención: para los Islamistas, aquellos que se oponen a ellos son sospechosos de trabajar con los remanentes de las viejas guardias (los *folul*) del régimen de Mubarak. En cambio, para los seculares, cualquier cosa que hagan los Islamistas tiene como agenda escondida la teocracia Islámica, el disenso interno (entre los Salafis y la Hermandad Musulmana) es exagerado, y su intención real es la marginalización de los grupos no Islámicos. Estos dos tipos de sospecha debilitan la capacidad de diálogo en un sistema político marcado por la desconfianza mutua y la falta de capacidad de cooperación mediante un sistema político más consensuado. Al asignarse unos a otros el papel del malo, cortan los puentes para trabajar de manera conjunta dentro del nuevo sistema político y contribuyen así a debilitar la alternativa democrática al autoritarismo.

El proceso conflictivo de secularización

Desde el siglo XIX, el proceso de modernización dio a luz a una profunda oposición entre las personas cuya visión del mundo había sido transformada por la secularización, y aquellos que se

mantenían adheridos al principio fundamental del Islam. Esta situación cambió enormemente cuando el frente Islámico se dividió en reformistas (llamados Salafistas a fines del Siglo XIX y comienzos del Siglo XX) y los tradicionalistas o fundamentalistas. Del lado de los seculares además, estaban aquellos que demandaban una ruptura profunda con la visión del mundo Islámico, y aquellos que abogaban por un cambio gradual hacia la modernidad secular. De esta manera, la tensión entre los "secularistas" y los "islamistas" ha venido estructurando los debates políticos y la naturaleza de los movimientos sociales en el mundo Musulmán por más de cien años.

Esta tensión es la que encuadra al mundo Árabe luego de las revoluciones desde fines del año 2010. Al comienzo, los actores revolucionarios eran en su mayoría seculares, en contraste con los Islamistas que fueron quienes tomaron el poder. La reacción a esta situación ha sido la violencia en los dos principales países que iniciaron la revolución (Túnez, y en mayor medida, Egipto) y el fracaso en construir alianzas políticas para obtener una mayor cuota de poder por parte de los seculares.

Los nuevos tipos de tensión son: entre los Islamistas y los seculares por un lado, entre los propios Islamistas (principalmente la Hermandad Musulmana y los Salafistas y sus respectivos partidos) así como entre los propios grupos seculares (el papel de los restos del viejo régimen, con un debate álgido sobre si los *Folul* seculares deberían o no ser candidatos en las elecciones, siendo muchos de estos tecnócratas cuya contribución al nuevo orden político podría ser valiosa, aunque temida y rechazada por los

revolucionarios más intransigentes, Islamistas y Seculares por igual).

El proceso de secularización ha dividido extremadamente a las sociedades Musulmanas desde más de un siglo, combinado con su estructura de clases. El comienzo de la secularización en el Siglo XIX afectó principalmente a las clases altas y las incipientes nuevas clases medias que estaban naciendo en el mundo Musulmán. Eran acusadas de ser egoístas, de no tener un dios, de ser desleales y estar afiliadas al Occidente dominante, y de buscar “des-islamizar” al mundo Musulmán. Surgió una nueva categoría de individuos que imitaba a los “intelectuales” en Europa, particularmente en Francia. Bajo la influencia de la Revolución Francesa y las ideas de la Ilustración, y más tarde bajo la influencia Marxista, muchos se convirtieron en defensores incondicionales del cambio secular dentro del mundo Musulmán. El éxito de Atatürk en Turquía en la década de 1920, y la imitación de su modelo por Reza Shah en Irán en el mismo período, hizo que el mundo musulmán se mantuviera firme acerca del tipo de cambio que allí se estaba llevando a cabo. En los cincuenta y sesenta, la ideología panárabe practicada por Nasser empujó a los Islamistas hacia los márgenes. El fracaso de los panárabes seculares y el éxito de la Revolución Islámica en Irán en 1979 renovó la cuestión del Secularismo versus Islamismo de una manera nueva. Esta vez en términos radicales, irreconciliables, caracte-

rizada por los ataques del Islam radical en contra de no sólo los Seculares (calificados como no creyentes, herejes, alabadores de ídolos –alabando las visiones y votos de las personas), pero además, en contra de los Musulmanes no-activistas, quienes se negaban a declarar *jihad* contra los poderes seculares (o de cruzada) Occidentales.

Las Revoluciones Árabes comenzaron un nuevo capítulo en su proceso tormentoso de secularización en el mundo Árabe, al menos en su primer período cuando la clase media, secular y joven, o aspirantes a clase media (quienes “llegarían a ser clase media” como yo les llamo²⁷) enviaron un mensaje nuevo basado en la dignidad de la ciudadanía (*karamah*), evitar la violencia (*selmiyah*), y con una visión de la política centrada en lo social (visión que justificaba todos los problemas de la sociedad en su relación con la dominación extranjera y el imperialismo, y por lo tanto cuestionándolos). El primer período de las revoluciones terminó con la llegada de los Hermanos Musulmanes y los Salafistas, junto a la falta de organización y la completa incapacidad de los actores de la “juventud Tahriri” de organizarse a sí mismos y fusionarse para influir en la política de la sociedad. Surgió un nuevo tipo de ruptura entre los Seculares y los Islamistas, en el que la violencia predominó en la política callejera. Este tipo de violencia ha resultado en la incapacidad para resolver los problemas sociales a través de organismos electos y el

27 Ver Farhad Khosrokhavar, *The New Arab Revolutions that Shook the world*, Paradigm Publishers, Boulder and London, 2012.

recurso constante a la “política callejera” para expresar su rabia frente al hecho de que “la revolución ha sido robada”. La manera de salir de la violencia callejera es mediante la organización de las fuerzas seculares en partidos, y mediante la construcción de alianzas para poder así destacarse en el escenario político y llevar gradualmente a la sociedad hacia una democracia secular.

Conclusión

Los obstáculos a la democratización en el mundo Árabe, siguiendo las revoluciones que lo sacudieron desde fines del año 2010, pueden ser entendidas primera y principalmente en relación a la naturaleza de las fuerzas sociales y políticas que se desataron con los levantamientos. En ellas, los activistas “no-Leninistas” que sacudieron los cimientos de los regímenes en Túnez y Egipto se tornaron un problema luego del derrocamiento de esos regímenes, debido a que no estaban dispuestos a, eran incapaces de y carecían de experiencia para construir fuerzas sociales eficientes en la arena política. Los Islamistas que se beneficiaron de las organizaciones fuertes (la Hermandad Musulmana en Egipto data de la década de 1920 y Ennahda en Túnez había preservado su organización en parte en el exilio y en parte en el propio país, de manera clandestina), eran aún menos propensos al diálogo y al compromiso. Como resultado, las organizaciones Islamistas (principalmente la Hermandad Musulmana) triunfaron en ambos países. Esto profundizó la frustración y el enojo de las fuerzas revolucionarias que mantenían haber sido traicionadas y que la revolu-

ción estaba siendo profundamente amenazada por los Islamistas. Como consecuencia de la polarización de los dos tipos de activistas, aquellos secularizados y aquellos que se expresaban a través de una agenda Islamista reexaminada (los Islamistas). Estos dos grupos secularizados de distinta manera, son el resultado de la modernización del mundo Musulmán desde el Siglo XIX, grupos “Seculares” que se oponen a los “Islamistas”, quienes a su vez los rechazan (siendo la única gran excepción los casos en Turquía e Indonesia, ambos no-árabes). Las revoluciones árabes aumentaron las aspiraciones de ambos grupos de maneras antagónicas, con una falta de capacidad para comprometerse y negociar desde ambos lados (en Egipto el no querer comprometerse ha sido incluso más firme que en Túnez).

Las profundas diferencias étnicas, religiosas y regionales también se han convertido en un obstáculo importante a la democratización, sobre todo debido a que los gobiernos autoritarios (en Siria, Yemen y Libia) han profundizado la división entre los grupos étnicos y religiosos para poder dominar a la sociedad de acuerdo al principio de divide y reinará. Las consideraciones geoestratégicas también se convierten en un obstáculo. Arabia Saudita defiende a los regímenes autoritarios (en Bahreín, pero también los regímenes menos autoritarios en Jordania y en Marruecos) para que no se conviertan en el objetivo del disturbio, e Irán defiende a Siria por temor a perder su único aliado en la región con un estatus de estado soberano. Los gobiernos autocráticos fueron parcialmente exitosos en transformar a los movimientos de sociedad civil en Ye-

men y Bahrein en movimientos sectarios. En Libia, la carencia de un Estado debido al gobierno clientelar y personal de Gadafi, transformó al país en una milicia dominada étnica y geográficamente, con la posibilidad de que el gobierno se convierta en un estado fallido, con señores de la guerra gobernando en sus distritos y con la violencia esporádica convirtiéndose en endémica luego del derrocamiento del dictador.

El destino de Túnez y Egipto será simbólico para el futuro de todas estas sociedades. Los dos países están atravesando un período de transición en el que la violencia callejera por el momento prevalece sobre la política insti-

tucional. Su fracaso o éxito ejercerá un impacto tremendo sobre el futuro de los movimientos por la democratización del mundo Árabe. Aún así, Egipto parece hallarse en un estado de crisis mayor que Túnez, con una gran población de más de 80 millones, con extensas áreas rurales donde la pobreza es estructural, y con un “estado profundo” de enorme capacidad represiva. Mientras Túnez, con una población de 11 millones y una clase media secular y educada, parece haber elegido una vía más pacífica a la democratización, siendo el partido Ennahda menos propenso al autoritarismo, en comparación con la Hermandad musulmana en Egipto.